

PQ 2039  
A38  
56  
V. 3



FONDO DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

JULIA,

ó

LA NUEVA HELOISA.

CUARTA PARTE.

CARTA PRIMERA.

DE LA SEÑORA DE WOLMAR A LA SEÑORA  
DE ORBE.

¡Cuanto tiempo tardas en volver! no me acomodan tus idas y venidas. ¡Que de horas perdidas en venir donde siempre debieras estar, y lo que peor es en alejarte! La idea de verse por tan poco tiempo acabará el gusto de hallarse juntas. ¿No conoces que estar así alternativamente en tu casa y en la mía es no estar bien en parte ninguna; y no imaginas un medio para

TOMO III.

1

hacer que estés al mismo tiempo en una y otra parte?

¿Que hacemos, querida prima? ¡que de preciosos momentos dejamos perder, cuando no nos quedan ya ningunos que desperdiciar! ¡Los años se multiplican, la mocedad empieza á huir, la vida se consume, la transitoria felicidad con que nos brinda está en nuestra mano, y omitimos el disfrutarla! ¿te acuerdas del tiempo que éramos todavía solteras, de aquellos primeros tiempos tan gratos y tan dulces, que no vuelven á hallarse en otra edad, y que con tanta dificultad olvida el corazón? ¡Cuántas veces precisadas á separarnos por pocos días, y á veces por pocas horas, nos decíamos dándonos un triste abrazo: ha; si alguna vez podemos disponer de nosotras, nunca nos separemos! Ahora que disponemos vivimos la mitad del año separadas una de otra. ¿Nos queremos acaso ménos? Querida y tierna amiga, ámbas conocemos cuanto muy fuerte y mas indisoluble nuestra inclinacion la han hecho el tiempo, la costumbre, y tus beneficios. A mí de día en día me parecè mas inaguantable tu ausencia, y no puedo ni un instante vivir sin ti. Este progreso de nuestra amistad es mas natural de lo que parecè

*Benigno Traviño*

y se funda en nuestra situacion como en nuestros caracteres. A medida que avanza la edad se concentran todos los afectos; cada día perdemos algo de lo que quisimos, y no lo volvemos á reemplazar. Así vamos muriendo por grados hasta que al fin amándonos solo á nosotros mismos dejamos de sentir y vivir ántes de dejar de existir. Pero un corazón sensible se defiende con todas sus fuerzas contra esta anticipada muerte; cuando empieza el hielo por las extremidades renne en derredor de él todo su calor natural; cuanto mas pierde mas se ase de lo que le queda; y se agarra, por decirlo así, al postrer objeto por los nudos de todos los demas.

Esto es lo que me parece que experimento ya, aunque todavia jóven. Ha! querida mia, mi pobre corazón ha amado tanto, y se ha apurado tan temprano que es viejo ántes de tiempo; de tal modo le han absorbido tan varios afectos que no queda en él lugar para meras inclinaciones. Me has visto sucesivamente hija, amiga, amante, esposa, y madre. Tú sabes si han sido para mí preciosos todos estos títulos. Disueltos están algunos de estos vínculos, y aflojados otros. Ya no vive mi madre, mi tierna madre; solo lágrimas me quedan que tributariá su memoria, y

no disfruto mas que de la mitad del mas dulce afecto de la naturaleza. El amor está apagado, lo está para siempre, y ha dejado otro hueco que jamas se llenará. Hemos perdido á tu digno y buen marido, que amaba yo como á la cara mitad de ti propia, y que tan acreedor era á mi amistad, y mi cariño. Si fueran de mas edad mis hijos todos estos huecos los llenaria el amor maternal, pero como todos los demas este amor necesita correspondencia, ¿y cual puede aguardar una madre de una criatura de cuatro ó cinco años? Amamos á nuestros hijos mucho tiempo ántes que puedan ellos conocerlo, y amamos reciprocamente; y no obstante necesitamos tanto decir lo mucho que los queremos á alguien que nos entienda. Mi marido me entiende, pero no me responde como yo quisiera; su ternera con ellos es sobrado racional, no pierde como yo la cabeza; quiero un cariño mas vivo, y mas parecido al mio; necesito una amiga, una madre tan loca como yo con mis hijos y los suyos. En una palabra la maternidad me hace todavia mas necesaria la amistad, por el gusto de hablar sin cesar de mis hijos sin dar fastidio. Conozco que se dobla mi gozo con los cariños de mi Marcellinito cuando veo que te

cabe á ti parte de ellos, y cuando abrazo á tu hija créo que te tengo estrechada á mi seno. Cien veces lo hemos dicho cuando vemos á nuestros muñequillos jugar juntos nuestros corazones unidos los confunden, y no sabemos de quien es cada uno de los tres.

No para aqui; tengo motivos muy importantes para desear que estés sin cesar junto á mi, y tu ausencia es cruel para mi por muchos motivos. Piensa en mi repugnancia á todo disimulo, y en la continua reserva en qué vivo cerca de seis años ha, con el hombre que mas en el mundo quiero. Cada dia me pesa mas y mas mi odioso secreto, y cada dia parece que es mas indispensable. Quanto mas exige la honradez que le revele, mas me obliga la prudencia á que le guarde. ¿Comprendes que horroroso estado es para una muger que la desconfianza, la mentira y el temor la acompañen hasta en brazos de su esposo, que no se atreva á descubrir su corazón á quien es dueño de él, y que le esconda la mitad de su vida para afianzar el sosiego de la otra? ¡Gran Dios! ¿de quien tengo que encubrir mis mas secretos pensamientos, y ocultar lo interior de una alma de que tendria motivo para estar tan satisfecho! ¿del señor de

Wolmar, de mi marido, del mas digno esposo con quien hubiera podido el Cielo remunerar la virtud de una casta doncella! Por haberle engañado una vez es preciso que le engañe todos los días, y que me reconozca sin cesar indigna de todas sus bondades conmigo. No se atreve mi corazon á admitir ningun testimonio de su estimacion, me sonrojan sus mas tiernos cariños, y todas las pruebas que de respeto y aprecio me da las convierte mi conciencia en oprobio y señales de menosprecio. Es dura cosa tenerse que decir sin cesar: á otra que á mi es á quien acata. Ha; si me conociera no me tratará así. No, no puedo aguantar este horrible estado; nunca estoy sola con este hombre respetable sin que me vengan deseos de hincarme de rodillas ante él, confesarle mis yerros, y expirar á sus plantas de dolor y vergüenza.

No obstante, las razones que al principio me contuvieron cada dia son mas fuertes, y no me asiste motivo ninguno para hablar que no sea razon para callarme. Contemplando el apacible y sereno estado de mi familia, pienso con susto que una sola palabra puede causar en ella un irreparable trastorno. Despues de seis años que en una perfecta union han corrido, ¿he

de ir á turbar el sosiego de marido tan bueno y tan prudente, que otra voluntad que la de su feliz esposa no tiene, ni otro gusto que ver la paz y el orden reynar en su casa? ¿he de contristar con disturbios domésticos la vejez de mi padre que tan contento, tan gustoso con la dicha de su hija y su amigo veo? ¿he de exponer á estas queridas criaturas á estas criaturas amables, y que tanto prometen á una omisa y escandalosa educacion, á verse tristes victimas de las paternas discordias, entre un padre inflamado en un justo enojo, agitado de zelos, y una madre culpada y desventurada, anegada en perpetuo llanto? Conozco al señor de Wolmar, haciendo aprecio de su muger; ¿quien sabe lo que será cuando no le haga? Acaso es tan moderado porque la pasion dominante de su carácter aun no ha tenido motivo para manifestarse. Acaso será tan violento en un raptó de ira como es sereno y tranquilo, mientras que no tiene motivo ninguno de ensañarse.

¿Si tantas atenciones debo á todo cuanto tengo en derredor de mi, no me debo tambien algunas á mi propia? ¿seis años de una honesta y arreglada vida no borran en nada los yerros

de la mocedad? ¿debo exponerme todavía á la pena de una culpa que hace tanto tiempo que lloro? Te lo confieso, prima, nunca vuelvo sin repugnancia los ojos á lo pasado; me humilla á punto de desalentarme, y tan sensible á la vergüenza soy, que no puedo aguantar su idea sin recaer en una especie de desesperacion. El tiempo que desde mi matrimonio ha corrido es el que necesito contemplar para cobrar ánimo, y me infunde mi estado actual una confianza de que quisieran privarme impertinentes memorias. Gusto de mantener en mi corazon afectos de honor que creo que en mi encuentro. La dignidad de esposa y madre enaltece mi alma, y me sustenta contra los remordimientos de otro estado. Cuando en torno de mí veo á mis hijos y á su padre, me parece que todo respira virtud, y destierran de mi espíritu hasta la idea de mis pasadas culpas. Es su inocencia el seguro de la mía; mas los quiero cuanto mejor me tornan, y he cobrado tanto horror á cuanto viola la honestidad, que apenas me creo la misma que otro tiempo pudo olvidarla. Me siento tan otra de lo que era, tan cierta de lo que soy, que está en poco que mire lo que tengo que decir como una confesion agra

de mí, y que no tengo obligacion de hacer.

Este es el estado de incertidumbre y ansia en que sin cesar fluctúo durante tu ausencia. ¿Sabes lo que va á suceder con esto un dia? Mi padre se va á marchar dentro de poco á Berna, resuelto á no volver hasta ver el fin del porfiado pleyto en que no quiere dejarnos enredados, y por otra parte no fiándose mucho, segun yo creo, en nuestro fervor en seguirle. En el intervalo de su partida á su regreso me quedaré sola con mi marido, y conozco que ha de ser casi imposible que no salga de mí el secreto fatal. Cuando hay gentes sabes que acostumbra el señor de Wolmar dejar la compañía, y pasearse solo por las inmediaciones, hablando con los labradores, informándose de su situacion, examinando el estado de sus tierras, y ayudándolos, cuando lo necesitan, con su dinero y sus consejos. Pero cuando estamos solos siempre se pasea conmigo, deja pocas veces á su muger y á sus hijos, y toma parte en sus juguecillos con sencillez tan amable, que me inspira entónces mas ternura que de ordinario. Estos instantes de ternura eso mas son peligrosos para la reserva, que el mismo me proporciona ocasiones para faltar á ella, y que

cien veces me ha dicho cosas que al parecer excitaban mi confianza. Bien veo que tarde ó temprano será menester manifestarle mi corazón; pero una vez que quieres tú que sea de acuerdo entre las dos, y con todas las precauciones que autoriza la prudencia, vuelve, y haz ausencias ménos largas, ó de nada salgo fiadora.

Dulce amiga mía, es preciso concluir; y lo que me queda importa tanto que es lo que mas decir me cuesta. No solo eres necesaria para mí cuando estoy con mis hijos y con mi marido, sino mas cuando estoy sola con tu pobre Julia, y es peligrósa para mí la soledad justamente porque me agrada, y muchas veces sin pensar la busco: no porque se sienta mi corazón de sus antiguas heridas; no, que está sano, lo sé y estoy cierta de ello, y me atrevo á creerme virtuosa. No es el tiempo presente el que temo, el pasado es el que me atormeta. Memorias hay tan terribles como el afecto actual; se entenece una por reminiscencia, se avergüenza de sentir que llora, y llora mas todavía. Son lágrimas de piedad, de desconuelo, de arrepentimiento; no tiene en ellas parte el amor; pero lloro los males que ha causado, lloro la

suerte de un hombre estimable que fuegos á que dimos un pábulo imprudente han privado de sosiego y acaso de la vida. Ay! sin duda ha perecido en el peligroso y dilatado viage que le hizo emprender su desesperacion. Si viviese nos habria dado noticias tuyas del cabo del mundo; ya han corrido cerca de quatro años desde su partida. Dicen que ha padecido la escuadra en que iba mil desastres, que ha perdido las tres cuartas partes de su tripulacion, que se han ido á pique varios navios, y que no se sabe que se han hecho los otros. Ya no es vivo; ya no es vivo; un anuncio secreto me lo asegura. No habrá tenido el desventurado mejor suerte que tantos de sus compañeros, y habrán acertado sus dias la mar, las enfermedades, y la tristeza aun mas cruel. Así se apaga todo cuanto brilla un instante sobre la tierra. Faltábale á los tormentos de mi conciencia tener que acusarme de la muerte de un hombre de bien. ¡Ha, querida, que alma la suya!... ¡como sabia amar!... Merecia vivir... Habrá presentado ante el supremo Juez un alma frágil, pero sana y amante de la virtud... En balde me esfuerzo á espeler tan tristes ideas, cada instante se me representan contra mi voluntad. Para desterrarlas ó regu-

larlas necesita de tus cuidados tu amiga, y no pudiendo olvidar á este malhadado, mas quiero hablar de él contigo que pensar en él cuando estoy sola.

Mira cuantas razones aumentan la continua necesidad que de que estés conmigo tengo. Mas virtuosa tú y mas feliz, si no tienes las mismas, ¿no sientes en tu corazón la misma necesidad? Si es cierto que no quierés volverte á casar, hallándote tan poco satisfecha con tu familia, ¿que casa te puede conyenir mas bien que esta? Yo por mi padezcó mucho con pensar que estás en la tuya, porque no obstante tu disimulo sé como en ella vives, y no me engaña el tono de bulla y alegría que vienes á afectar á Clarens. De muchos defectos me has reprendido en tu vida; pero yo te tengo que reprender por uno muy grave, y es que siempre tu dolor es concentrado y solitario. Te escondes para afligirte, como si te sonrojáses de llorar en presencia de tu amiga. Clara, eso no me gusta. Yo no soy injusta como tú, no repruebo tu sentimiento; ni quiero que al cabo de dos años, de diez, ni de toda tu vida ceses de honrar la memoria de tan tierno esposo, pero si repruebo que despues de haber pasado tus años mas lozanos llorando

pór tu Julia, la prives de la dulzura de llorar contigo y lavar con lágrimas mas dignas la ignominia de las que vertió en tu seno. Si te da pena el afligirte, ha! no conoces la verdadera afliccion. Si en ella sientes una especie de gusto, ¿porqué no quierés que sea yo partícipe? ¿no sabes que imprime la comunicacion de dos corazones en la tristeza un no sé que dulce y afectuoso que no tiene el contento? ¿y no fué dada la amistad especialmente á los desventurados para alivio de sus males y consuelo en sus penas?

Razones son estas, querida, que debias tú considerar, y has de añadir á ellas que cuando te propóngo que te vengas á vivir conmigo, no ménos te hablo en nombre de mi marido que en el mio. Muchas veces me ha parecido que estrañaba, y que casi te escandalizaba que no habitáramos juntas dos amigas como nosotras; afirma que te lo ha dicho á tí propia, y no es hombre que habla á bulto. No sé á que te resolverás en fuerza de mis representaciones, y espero que hagas lo que te pido. Sea como fuere yo he tomado mi resolucion, y no la mudaré. No me he olvidado de cuando me querias seguir á Inglaterra. Incomparable amiga, ahora es

mi vez. Sabes mi aversion á la ciudad, mi aficion al campo, á las faenas rústicas y el afecto que tres años de mansion en mi casa de Clarens han hecho que le coja. Tampoco ignoras lo enredosa que es una mudanza con toda una familia, y que fuera abusar de la complacencia de mi padre transplantarle tantas veces. Pues bien si no quieres abandonar tu casa y venir á gobernar la mia, estoy resuelta á tomar una en Lausana donde todos irémos á vivir contigo. Compite como quieras; todo lo pide así; mi corazon, mi obligacion, mi felicidad, la conservacion de mi honor, el cobro de mi razon, mi estado, mi marido; mis hijos, yo propia, todo lo debo á tí; todo el bien que poseo me viene de tí, nada veo que no me lleve á tí, y nada soy sin tí. Ven ya, amada mia, ángel tutelar mio, ven á conservar tu obra, ven á disfrutar de tus beneficios. No tengamos mas que una familia, como no tenemos mas que una alma para quererla; tú cuidarás de la educacion de mis hijos, yo vigilaré sobre la de tu hija; nos partirémos las obligaciones de madre, y doblarémos las satisfacciones. Alzarémos juntas nuestros corazones á aquel que por tu esmero purificó el mio, y no quedándonos nada que

desear en este mundo, en el seno de la inocencia y la amistad aguardarémos en paz la vida venidera.

---

 CARTA 2.<sup>a</sup>

RESPUESTA DE LA SEÑORA DE ORBE A LA SEÑORA DE WOLMAR.

¡Dios mio, prima, quanto gusto me ha dado tu carta! ¡Preciosa predicadora!... preciosa de veras, pero predicadora,... ¡perorando con una elocuencia! Obras? de eso no se trate. El arquitecto ateniense,... aquel elocuente hablador,... ya sabes cual,... en tu Plutarco viejo... ¡Pompósas descripciones, soberbio templo!... Cuando todo lo hubo dicho, viene el otro, un hombre llano, el andar grave, el hablar sencillo, pausado,... como si dijéramos tu prima Clara,... con una voz hueca, ronca, y un si es no es gangosa... *Lo que ese ha dicho yo lo haré.* Calla, y palmadas que hundian la plaza. A Diós el personage de frages: hija mia, nosotros somos los dos arquitectos; y el templo de que se trata el de la amistad.

Resumamos un poco las cosas tan hermosas que me dices. Primero que nos queríamos, y luego que me necesitabas tú, y luego que también te necesitaba yo, y luego que siendo libres para pasar la vida juntas era menester pasarla. ¡Y todo eso lo has discurrido solita! sin lisonja eres persona elocuente. Bien está; pues ahora te diré yo lo que hacia mientras tú meditabas tú sublime misiva, y despues tu misma juzgarás que vale mas, si lo que tú dices ó lo que yo hago.

Apénas hube perdido á mi marido cuando llenaste tú el hueco que habia él dejado en mi corazon. Cuando vivo partia contigo todos mis afectos; luego que murió fui de tí sola, y como tú notas sobre la concordia de la terneza maternal y la amistad, mi propia hija era entre nosotras un vínculo nuevo. No solo me resolví desde entónces á pasar contigo lo restante de mi vida, sino que formé un plan mas vasto. Para que nuestras dos familias no formaran mas que una, me propuse, suponiendo que se convinieran uno á otro, unir á mi hija un dia con tu hijo mayor, y el nombre de marido que en chanza le llamábamos me pareció de feliz agüero para que un dia lo fuera de veras.

Con este designio procuré primero remover las dificultades de una sucesion enredada, y encontrándome con caudal suficiente para sacrificar una parte á la liquidación de lo restante, solamente pensé en convertir el de mi hija en efectos seguros y al abrigo de pleytos. Tú sabes que soy antojadiza en muchas cosas, mi mania era cogerte cuando ménos lo pensases. Se me habia puesto en la cabeza entrar una mañana á deshora en tu cuarto llevando de una mano á mi niña, y en la otra una cartera, y presentarte una y otra con un soberbio discurso, depositando en tus manos la madre, la hija, y el caudal, quiere decir la dote de esta. Gobernala, queria decirte, como á los intereses de tu hijo convenga, allá os las hayais; yo por mí no me meto mas en nada.

Ocupada en esta grata idea, fué menester hablar con alguno para ponerla en ejecución. Adivina ahora á quien fui á escoger por confidente. A un tal señor de Wolmar: ¿no le conoces?... ¡A mi marido, prima! A tu marido, prima. Ese mismo hombre á quien tanto te cuesta callar un secreto que le importa no saber, es el que ha sabido callarte uno que tan gustoso te hubiera sido saber. Este era el ver-

dadero motivo de todas las misteriosas conversaciones por las que tan chistosa baya nos dabas. Ya veo que disimulados son estos maridos. ¿No es cosa bien graciosa que sean ellos los que de disimulo nos tachen? Mas todavía exigia del tuyo. Bien veía que premeditabas el mismo proyecto que yo; pero mas en lo hondo del corazon y como aquella que solo á proporcion que se entrega á ellos exala sus afectos. Para que te fuese mas grata la no esperada nueva queria que cuando propusieses nuestra reunion á tu marido pareciese que no aprobaba tu idea, y que se mostrase algo remiso en consentir en ella. Acerca de esto me dió una respuesta que tengo muy presente, y que debes tú tambien tener, porque dudo que desde que hay maridos en el mundo haya dado ninguno otra semejante. Fué esta: « primita, conozco á Julia, .... bien » la conozco, ..... mejor acaso de lo que ella » cree. Es sobrado honrado su corazon para que » deba uno resistir nada de cuanto ella desea, y » sobrado sensible para poderlo hacer sin afli- » girla. En cinco años que hace que vivimos » unidos, creo que no ha tenido por mí el » menor sentimiento, y espero morir sin darle » ninguno. » Piénsalo bien, prima, ese es el

marido cuyo sosiego estás siempre proyectando turbar con tu imprudencia.

Yo por mí fui ménos escrupulosa, ó tuve mas confianza en tu natural dulzura, y con tanto esmero di otro giro á las conversaciones que tantas veces te inspiraba tu corazon, que no pudiendo achacar tibieza contigo al mio, te figuraste que premeditaba segundas nupcias, y que te amaba sobre todas las cosas, ménos un marido. Porque, mira, pobre chica, no hay en tí un movimiento secreto que yo no descubra: te adivino, te penetro, calo hasta lo mas hondo de tu alma, y por eso te he adorado siempre. Esta sospecha que por fortuna así te engañaba me pareció excelente para fortificarla, y me puse á hacer papel de viuda amiga de galanteos con tanta propiedad que tú misma te clavaste, porque para representarle ménos me falta talento que inclinacion. Tomé con arte el estilo chusco que no me cae tan mal, y con el cual me he divertido mas de una vez en hacer burla de barbilampiños presumidos. Tú te tragaste el anzuelo y te figuraste que iba á dar sucesor al hombre del mundo que mas difícil era reemplazar. Pero soy muy ingenua para poder fingir mucho tiempo, y en breve te

desengañaste. No obstante quiero tranquilizarte mas todavía explicándote mi sentir acerca de la materia.

Cien veces te lo he dicho siendo soltera; yo no era buena para casada. Si de mí hubiera pendido, no me habria casado; pero nuestro sexo solo con la esclavitud compra la libertad, y es preciso empezar por sirvienta para ser un día árbitro de sí propia. Aunque no me incomodaba mi padre, tenia desazones en mi familia. Para zafarme de ellas me casé con el señor de Orbe, que fué tan hombre de bien, y me amó tan entrañablemente, que yo tambien le quise de veras. La experiencia me dió del matrimonio idea mas favorable de la que habia formado, y destruyó las impresiones que me habia dejado la Chaillot. Me hizo feliz el señor de Orbe, y no le di yo que sentir. Con otro cualquiera siempre hubiera desempeñado mis obligaciones, pero le habria hecho deses- perar, y veo que era menester un marido tan bueno como el que tuve para ser yo buena muger. ¿Te imaginas que de esto mismo me quejaba? Hija; nos queríamos mucho, y no estábamos alegres. Amistad ménos cordial hubiera sido mas bulliciosa, y creo que ántes hu-

biera escogido vivir ménos satisfecha y poder reirme mas veces.

Con esto se juntaban los motivos particulares de susto que me daba tu situacion. No necesito acordarte los riesgos que te hizo correr una des- arreglada pasion, y que veia yo extrémecida. Si solamente tu vida hubiera peligrado, acaso no me hubiera abandonado un resto de alegría; pero estaba mi alma penetrada de terror y tristeza, y hasta que te vi casada no tuve rato de alegría sin acibar. Conociste tú mi quebrantó, le sentiste, y pudo mucho con tu buen corazon, y nunca cesaré de echar bendiciones á las venturosas lágrimas que acaso fueron causa de tu conversion al bien.

Así ha ido todo el tiempo que con mi marido he vivido. Contempla tú si desde que se le llevó Dios, podria esperar hallar otro que tanto segun mi corazon fuese, y si tengo tentaciones de buscarle. No, prima, el matrimonio es estado muy grave; su dignidad no se compadece con mi genio, me entristece y me cae mal, sin hablar de que todo lo que me coarta la libertad es para mí insufrible. Piensa tú que me conoces, que puede ser á mis ojos un vinculo en el cual en siete años no me he reido siete veces á

mi sabor. No quiero como tú echarla de ma-  
trona á veinte y ocho años. Creo que soy una  
viudita bastante graciosa, y bastante casadera  
todavía, y me parece que si fuera hombre no  
me parecería mala yo. Pero volverme á casar,  
prima! Escucha; muy de corazón lloré á mi  
pobre marido, y hubiera dado la mitad de  
mi vida por pasar con él la otra mitad; no  
obstante, si pudiera volver al mundo, creo  
que no volvería á ser su muger sino porque  
lo he sido ya.

Acabo de manifestarte mis verdaderas inten-  
ciones, y si no obstante el zelo del señor de  
Wolmar todavía no he podido ponerlas en  
ejecucion, consiste en que parece que crecen las  
dificultades con el mio en removerlas. Pero  
este podrá mas que ellas y ántes de acabarse  
el verano espero reunirme contigo para lo que  
me quede de vida.

Réstame ahora el justificarme de la acusacion  
de esconderte mis pesares, y de complacerme  
en llorar léjos de tí; no lo niego; en eso gasto  
el mejor tiempo que aquí paso. Nunca entro  
en mi casa sin encontrar vestigios de aquel que  
tan grata para mi la hacia. No doy un paso,  
ni miro un objeto sin reconocer alguna señal

de su cariño y la bondad de su corazón:  
¿Y querrias que no se enterneciera el mio?  
Cuando estoy aquí solo siento lo que he per-  
dido; cuando estoy junto á tí, solo veo lo que  
me ha quedado. ¿Es posible que me acrimines  
lo que en mi sensibilidad puedes? Si ausente  
de tí, lloro, y si junto á tí, me divierto, ¿de  
donde proviene esta diferencia? Ingratilla! de  
que tú me consuelas de todo, y de que no sé  
afligirme de nada cuando te poseo.

Muchas causas has dicho en favor de nuestra  
antigua amistad, pero no te perdono que te  
hayas olvidado de la que mas me honra, que  
es quererte, aunque me eclipsas. Julia mia,  
tu nasiste para reynar. El imperio mas abso-  
luto que conozco yo es el tuyo, que se estiende  
hasta las voluntades, y yo mas que nadie lo  
experimento. ¿Como es esto, prima? Ambas  
amamos la virtud; para ámbas es igualmente  
preciosa la honestidad, nuestros conocimientos  
son los mismos; yo tingo casi tanto entendi-  
miento como tú, y poco ménos bonita soy. Todo  
eso lo sé muy bien, y no obstante todo eso me  
infundes cierto respecto; me sojuzgas, me  
aterras, tu genio ofusca el mio, y nada soy en  
tu presencia. Aun cuando vivias en una amis-

tad que te echabas en cara, y que no habiendo yo imitado tu yerro hubiera debido tomar ascendiente en ti, siempre le conservaste en mí. Tu flaqueza que desaprobaba yo casi me parecía virtud, y no podía ménos de admirarme en ti lo que en otra hubiera censurado. Finalmente aun en aquel tiempo nunca me llegaba á ti sin cierto involuntario movimiento de respeto, y es cierto que era necesario toda tu dulzura, y la intimidad de tu trato para hacerme tu amiga, y que naturalmente hubiera debido ser criada tuya. Descifra, si puedes, este enigma, que yo por mí no le entiendo. Aunque sí tal, algo le entiendo, y aun creo que ya otra vez le he explicado; y es que vivifica tu corazón á todos los que á ti se acercan, y les comunica por decirlo así un nuevo ser del cual tienen que tributarle homenaje, porque sin él no le hubieran tenido. Yo te he hecho servicios importantes, lo confieso; y me lo acuerdas tantas veces que no es posible que lo eche en olvido. No lo niego; sin mi estabas perdida. ¿Pero que otra cosa hice que restituirte lo que de ti habia recibido? ¿es posible verte mucho tiempo sin sentir penetrada su alma de las perfecciones de la virtud, y la dulzura

de la amistad? ¿No sabes que todo cuanto á ti se acerca lo armas tú en defensa tuya, y que la única ventaja que yo saco á los demas es la de los guardas de Sesostris; el ser de tu edad y tu sexo, y el haberme criado contigo? Sea como fuere; Clara se consuela de que vale ménos que Julia con que sin Julia valdría todavía mucho ménos, y luego que si te he de decir la verdad, creo que necesitamos en grande manera una de otra, y que perdería mucho cada una de nosotras si la suerte la hubiera apartado de la otra.

Lo que mas en los negocios que me detienen aquí siento es el riesgo de que tu secreto salga á cada instante de tus labios. Considera por tu vida que lo que á guardarte te empeña es una razon sólida y valedera, y lo que á revelarle te persuade un afecto ciego. Hasta nuestras sospechas de que ese secreto no lo es para aquel á quien interesa son nueva razon para no declararsele sin la mayor circunspeccion. Acaso es la reserva de tu marido ejemplo y leccion para nosotras, porque en materias semejantes muchas veces es muy distinto lo que uno finge que ignora de lo que se le precisa á saber. Exijo de tí que esperes á que examinemos el

punto otra vez. Si tuviesen fundamento tus anuncios, y no fuese vivo tu deplorable amigo, el mejor partido que habria que tomar sería dejar con él sepultadas su historia y tus desdichas. Si, como yo espero, vive, puede ser distinto caso, pero todavía es necesario que este caso se presente. De cualquier modo, ¿crees que no debes deferencia ninguna á los últimos consejos de un desventurado cuyos males todos labraste tú?

Por lo que á los peligros de la soledad respecta comprendo y apruebo tus temores, aunque sé que son sin fundamento. Tus pasados yerros te tornan medrosa; que es el mejor agüero del estado actual, y serian menores tus temores, si tuvieras mas motivo de temer; pero no te puedo perdonar tus sustos acerca de la suerte de nuestro pobre amigo. Ahora que han variado de especie tus afectos cree que no le quiero yo ménos que tú. Dos veces ha tenido milord Eduardo noticias tuyas, y la segunda me ha escrito que ya estaba en el mar del sur libre de los peligros de que hablas. Tú lo sabes tan bien como yo, y te afliges como si no lo supieses. Pero lo que ignoras, y es menester que sepas, es que el navio en que va

se ha avistado dos meses hace á la altura de las Canarias, navegando hácia Europa. Esto se lo escriben de Holanda á mi padre; y no se ha descuidado en participármelo, conforme á su loable costumbre de darme cuenta de los asuntos públicos con mucha mas exactitud que de los suyos. A mí me dice el corazon que no estarémos mucho tiempo sin recibir noticias de nuestro filósofo, y que serán perdidas tus lágrimas, á ménos que despues de haberle llorado por muerto llores porque está vivo. Pero á Dios gracias, ya no nos hallamos en ese caso.

¡Ha; si estuviera un poco aquí el cuitado,  
Ya de llorar y de vivir cansado!

Esto es cuanto tenia que responderte. La que te ama te ofrece y participa la dulce esperanza de una reunion eterna. Ya ves que no has sido tú la única ni la primera que formó tal proyecto, y que está su ejecucion mas adelantada de lo que pensabas. Así ten paciencia por este verano todavía, mi dulce amiga, mas vale tardar en reunirse que tener que volverse á separar.

¿Con que, hermosa madama, he cumplido mi palabra, y es completo ó no el triunfo mío? Vamos hincarse de rodillas, besar con respeto

esta carta, y confesar con humildad que á lo ménos una vez en la vida cedió en amistad Julia de Wolmar (1).

---

CARTA 3<sup>a</sup>.

DEL AMANTE DE JULIA A LA SEÑORA DE ORBE.

PRIMA mia, bienhechora mia, amiga mia, vengo de la extremidad de la tierra, y traygo lleno el corazon de Vms. Cuatro veces he atravesado la linea, he corrido ámbos hemisferios; he visto las cuatro partes del mundo, he puesto en medio de nosotros el diámetro del globo; he dado la vuelta al mundo entero, y no he podido ni un instante evitar á Vms. En

(1) ¡Que feliz es esta buena Suiza en ser alegre, cuando lo es sin agudeza, sin finura, y sin arte! No sabe los afeytes que entre nosotros son necesarios para que se tolere el buen humor. Ignora que este no se ha de tener para sí, sino para los otros, y que nadie se rie por reirse, sino por recibir aplausos.

balde huye uno de lo que quiere; mas rauda su imágen que la mar y los vientos nos sigue al cabo del universo, y á todas partes adonde vamos va con nosotros lo que nos da vida. He padecido mucho, y he visto padecer mas. ¡Que de malhadados he visto morir. Ay! tanto como apreciaban la vida, y yo sobrevivo á ellos!.... Acaso era yo efectivamente ménos digno de compasion que ellos, las miserias de mis compañeros las sentia mas que las mias, los veia enteramente ocupados en sus penas, y debian de padecer mas que yo. Yo decia: aquí estoy mal, pero un rincon hay en la tierra donde estoy feliz y tranquilo, y á orillas del lago de Ginebra me consolaba de cuanto en el Océano padecia. A mi arribo tengo la dicha de ver confirmadas mis esperanzas; mi lord Eduardo me informa de que disfrutan Vms. ámbas salud y paz; y de que si Vm. ha perdido el dulce titulo de esposa le quedan los de amiga y madre que deben bastar para su felicidad.

Tengo sobrada priesa en enviar á Vm. esta carta para hacerle ahora una circunstanciada descripcion de mi viage; espero hallar en breve otra ocasion mas cómoda. Aquí me ciño á darle á